

## ***Don Juan Tenorio (fragmento II)***

*Obra: Don Juan Tenorio*

*Autor: José Zorrilla*

*Tipo de texto: Dramático*

D. Juan:

Cálmate, pues, vida mía;  
reposa aquí, y un momento  
olvida de tu convento  
la triste cárcel sombría.  
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?  
Esta aura que vaga llena  
de los sencillos olores  
de las campesinas flores  
que brota esa orilla amena;  
esa agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor  
la barca del pescador  
que espera cantando el día,  
¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?  
Esa armonía que el viento  
recoge entre esos millares  
de floridos olivares,  
que agita con manso aliento,  
ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor  
de sus copas morador  
llamando al cercano día,  
¿no es verdad, gacela mía,  
que están respirando amor?  
Y estas palabras que están  
filtrando insensiblemente  
tu corazón, ya pendiente  
de los labios de don Juan,  
y cuyas ideas van  
inflamando en su interior  
un fuego germinador  
no encendido todavía,  
¿no es verdad, estrella mía,  
que están respirando amor?  
Y esas dos líquidas perlas

que se desprenden tranquilas  
de tus radiantes pupilas  
convidándome a beberlas,  
evaporarse a no verlas  
de sí mismas al calor,  
y ese encendido color  
que en tu semblante no había,  
¿no es verdad, hermosa mía,  
que están respirando amor?  
¡Oh! sí, bellísima Inés,  
espejo y luz de mis ojos;  
escucharme sin enojos  
como lo haces, amor es;  
mira aquí a tus plantas, pues,  
todo el altivo rigor  
de este corazón traidor  
que rendirse no creía,  
adorando, vida mía,  
la esclavitud de tu amor.

DOYA INYS:

Callad, por Dios, ¡oh don Juan!,  
que no podré resistir  
mucho tiempo sin morir  
tan nunca sentido afán.  
¡Ah! Callad, por compasión,  
que oyéndoos me parece  
que mi cerebro enloquece  
y se arde mi corazón.  
¡Ah! Me habéis dado a beber  
un filtro infernal sin duda,  
que a rendiros os ayuda  
la virtud de la mujer.  
Tal vez poseéis, don Juan,  
un misterioso amuleto,  
que a vos me atrae en secreto  
como irresistible imán.  
Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora,  
su palabra seductora  
y el amor que negó a Dios.  
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
sino caer en vuestros brazos,  
si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí?  
No, don Juan; en poder mío  
resistirte no está ya;  
yo voy a ti, como va

sorbido al mar ese río.  
Tu presencia me enajena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.  
¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:  
o arráncame el corazón,  
o ámame, porque te adoro.